Decamerón. Giovanni Boccaccio. Ilustrado por Renata Schussheim





NOVELA CUARTA

Landolfo Rúfolo

Landolfo Rúfolo, empobrecido, se hace corsario, cae preso, naufraga, se salva sobre un arca llena de joyas, y recogido en Corfú por una mujer, rico vuelve a su casa.

Laureta estaba sentada junto a Pampínea; y viéndola llegar al triunfal final de su historia, sin esperar otra cosa empezó a hablar:
Graciosísimas damas, ninguna obra de la fortuna, según mi juicio, puede verse mayor que ver a alguien desde la extrema miseria al estado real elevarse, como la historia de Pampínea nos ha mostrado que sucedió a su Alessandro. Y por ello, a cualquiera que sobre la propuesta materia de aquí en adelante novelare, le será necesario contar algo más acá de estos límites y no me avergonzaré yo de contar una historia que, aunque contenga mayores miserias, no tenga tan espléndido desenlace. Bien sé que, teniendo aquélla presente, será la mía escuchada con menor diligencia; pero como no puedo hacer de otro modo, seré disculpada por ello.
Se cree que el litoral desde Reggio a Caeta es la parte más deleitosa de Italia; en la cual, junto a Salerno hay un acantilado que avanza sobre el mar al que los habitantes llaman la costa de Amalfi, llena de pequeñas ciudades, de jardines y de fuentes, y de hombres ricos y emprendedores en empresas mercantiles tanto como ningunos otros. Entre las cuales ciudadecillas hay una llamada Ravello en la que, si hoy hay hombres ricos, había hace tiempo uno que fue riquísimo, llamado Landolfo Rúfolo; el cual, no bastándole su riqueza, deseando duplicarla, estuvo a punto de perderse con toda ella a sí mismo. Este, pues, así como suele ser el uso de los mercaderes, hechos sus cálculos, compró un grandísimo barco y con sus dineros lo cargó todo de varias mercancías y anduvo con él a Chipre.
Allí, con aquella misma calidad de mercancías que él había llevado, encontró que habían llegado otros barcos; por la cual razón no solamente tuvo que vender a bajo precio aquello que llevado había, sino que, para colocar sus cosas, tuvo casi que tirar algunas; con lo que cerca estuvo de arruinarse. Y sintiendo por ello grandísima pesadumbre, no sabiendo qué hacer y viéndose de hombre riquísimo en breve convertido en casi pobre, decidió o morir o robando resarcirse de sus males.
Y encontrando un comprador de su gran barco, con aquellos dineros y con los otros que le había valido su mercancía, compró un barquito ligero para piratear, y con todas las cosas necesarias a tal servicio lo armó y lo guarneció óptimamente, y se dio a apropiarse las cosas de los demás, y máximamente de los turcos. En cuya tarea le fue la fortuna mucho más benévola que le había sido en comerciar. Quizás en un solo año robó y prendió tantos barcos de turcos que se encontró con que no sólo había vuelto a ganar lo suyo que había perdido en el comercio, sino que con mucho lo había duplicado. Por lo cual, enseñado por el dolor de la primera pérdida, conociendo que tenía bastante, para no caer en la segunda, se aconsejó a sí mismo que aquello que tenía, sin querer más, debía bastarle, y por ello se dispuso a volver con ello a su casa: y temeroso del comercio no se molestó en invertir de otra manera sus dineros sino que en aquel barquito con el cual los había ganado, haciendo los remos a la mar, emprendió el regreso.
Y ya al Archipiélago llegado, levantóse por la noche un siroco que no solamente era contrario a su ruta sino que hacía una mar gruesísima y su pequeño barco no hubiera podido soportarlo, y en un entrante del mar que tenía una islita, de aquel viento al cubierto se recogió, proponiéndose allí esperarlo mejor.
Estando poco rato en la caleta vio llegar dos grandes cocas de genoveses que venían de Constantinopla, para huir de lo mismo que Landolfo. Con mucho trabajo llegaron y sus gentes, visto el barquichuelo y cortándole el camino para poder irse, oyendo de quién era y ya por la fama sabiéndole riquísimo, como hombres que eran naturalmente deseosos de pecunia y rapaces, a tomarlo se dispusieron. Y, haciendo bajar a tierra parte de sus gentes, con ballestas y bien armadas, las hicieron ir a lugar tal que del barquichuelo ninguna persona, si no quería ser asaeteada, podía



descender; y ellos haciéndose remolcar por las chalupas y ayudados por el mar, se acostaron al pequeño barco de Landolfo, y con poco trabajo en poco tiempo, con toda su chusma y sin perder un solo hombre, se apoderaron de él a mansalva; y haciendo venir a Landolfo sobre una de las dos cocas y cogiendo todo lo que había en el barquichuelo, lo hundieron, apresándole a él, cubierto sólo de un pobre justillo. Al día siguiente, habiendo mudado el viento, las naves viniendo hacia Poniente, izaron las velas, y todo aquel día prósperamente vinieron su camino; pero al caer la tarde se levantó un viento tempestuoso, que haciendo las olas altísimas separó a una coca de la otra. Y por la fuerza de este viento sucedió que aquella en que iba el mísero y pobre Landolfo, con grandísimo ímpetu cerca de la isla de Cefalonia chocó contra un arrecife y no de otra manera que un vidrio golpeado contra un muro se abrió toda y se hizo pedazos; por lo que los desdichados miserables que en ella estaban, estando ya el mar todo lleno de mercancías que flotaban y de cajones y de tablas, como en casos semejantes suele suceder, aun cuando oscurísima la noche estuviese y el mar gruesísimo e hinchado, nadando quienes sabían nadar, empezaron a asirse a las cosas que por azar se les paraban delante.

Entre los cuales el mísero Landolfo, aun cuando el día anterior había llamado a la muerte muchas veces, prefiriendo quererla mejor que retornar a casa pobre como se veía, al verla cerca tuvo miedo de ella; y como los demás, al venirle a las manos una tabla se asió a ella, por si Dios, retardando él el ahogarse, le mandase alguna ayuda en su salvación: y a caballo de aquélla como mejor podía, viéndose arrastrado por el mar y el viento ora acá ora allá se sostuvo hasta el clarear del día. Venido el cual, mirando en torno, ninguna cosa sino nubes y mar veía y un cofre que, flotando sobre las olas del mar, a veces con grandísimo temor suyo se le acercaba: temiendo que aquel cofre le golpease de modo que lo ahogara, y siempre que junto a él venía, cuanto podía, con la mano, aunque pocas fuerzas le quedaran, lo alejaba. Pero como quiera que fuesen las cosas sucedió que, desencadenándose de súbito en el aire un nudo de viento y habiendo penetrado en el mar, en aquel cofre un golpe tan fuerte dio, y el cofre en la tabla sobre la que Landolfo estaba, que, volcada por la fuerza, soltándola Landolfo fue bajo las olas y volvió arriba nadando, más por el miedo que por las fuerzas ayudado, y vio muy alejada de él la tabla; por lo que, temiendo no poder llegar a ella, se acercó al cofre, que estaba bastante cerca, y puesto el pecho sobre su tapa, como mejor podía con los brazos la conducía derecha. Y de esta manera, arrojado por el mar ora aquí ora allí, sin comer, como quien no tiene qué, y bebiendo más de lo que habría querido, sin saber dónde estuviese ni ver otra cosa que olas, permaneció todo aquel día y noche siguiente. Y al día siguiente, o por placer de Dios o porque la fuerza del viento así lo hiciera, éste, convertido en una esponja, agarrándose fuerte con ambas manos a los bordillos del cofre a guisa de lo que vemos hacer a quienes están por ahogarse cuando cogen alguna cosa, llegó a la playa de la isla de Corfú, donde una pobre mujercita lavaba y pulía por acaso sus cacharros con la arena y el agua salada.



La cual, al verle avecinarse, no distinguiendo en él forma alguna, temiendo y gritando retrocedió. Él no podía hablar y poco veía, y por ello nada le dijo; pero mandándolo hacia la tierra el mar, ella apercibió la forma del cofre, y mirando después más fijamente y viendo distinguió primeramente los mismos brazos sobre el cofre, y luego reconoció la cara y ser lo que era se imaginó. Por lo que, a compasión movida, adentróse un tanto por el mar que estaba ya tranquilo y, agarrándolo por los cabellos, con todo el cofre lo arrastró a tierra, y allí con trabajo las manos del cofre desenganchándole, y puesto éste al cuidado de una hija suya que con ella estaba, lo llevó a tierra como a un niño pequeño y, poniéndolo en un baño caliente, tanto lo refregó y lavó con el agua caliente, que volvió a él el perdido calor y algunas de las fuerzas desaparecidas; y cuando le pareció oportuno le atendió y con algo de buen vino y de confituras le reconfortó, y algunos días lo tuvo lo mejor que pudo hasta que él, recuperadas las fuerzas, se dio cuenta de dónde estaba.

Por lo que a la buena mujer le pareció deber devolverle su cofre, que ella había salvado, y decirle que en adelante se buscase su ventura; y así lo hizo. Él, que de ningún cofre se acordaba, lo cogió sin embargo, visto que se lo daba la buena mujer, pensando que no debía valer tan poco que no le sirviese para los gastos de algún día; y al encontrarlo muy ligero, asaz menguó su esperanza. Pero no por ello, no estando en casa la buena mujer, dejó de desclavarlo para ver lo que habla dentro, y encontró en el muchas piedras preciosas, engarzadas y sueltas, de las que algo entendía. Y viendo las cuales y conociéndolas de gran valor, alabando a Dios que aún no había querido abandonarle, todo se reconfortó; pero como quien en poco tiempo había sido fieramente asaeteado por la fortuna dos veces, temiendo la tercera, pensó que le convenía tener mucha cautela para poder llevar aquellas cosas a su casa; por lo que en algunos harapos, como mejor pudo, envolviéndolas, dijo a la buena mujer que no necesitaba ya el cofre, pero que, si le placía, le diera un saco y se quedase con él.

La buena mujer lo hizo de buena gana; y él, dándole las mayores gracias que podía por el beneficio recibido de ella, guardándose el saco en el regazo, de ella se separó; y subido a una barca, pasó a Brindisi y desde allí, de costa en costa se dirigió a Trani, donde, encontrando a unos ciudadanos suyos que eran pañeros, como por amor de Dios le vistieron, habiéndoles contado antes todas sus aventuras, salvo la del cofre; y además prestándole caballo y dándole compañía hasta Ravello donde para siempre decía querer volver, le enviaron.

Aquí, pareciéndole estar seguro, dándole gracias a Dios que lo había guiado allí, desató su saquito, y con más diligencia buscando todo que nunca había hecho antes, se encontró que tenía tantas y tales piedras que, vendiéndolas a su precio y aun a menos, era dos veces más rico que cuando se había ido. Y encontrando el modo de despachar sus piedras, hasta Corfú mandó una buena cantidad de dineros, por valerlos el servicio recibido, a la buena mujer que lo había sacado del mar; y lo mismo hizo a Trani a quienes le habían dado de vestir; y lo restante, sin querer comerciar ya más, lo retuvo y honorablemente vivió hasta el fin. ♣

NOVELA QUINTA

El rubí

A Andreuccio de Perusa, llegado a Nápoles a comprar caballos, le suceden en una noche tres graves desventuras, y salvándose de todas, se vuelve a casa con un rubí.

Las piedras preciosas encontradas por Landolfo –empezó Fiameta, a quien le tocaba la vez de novelar– me han traído a la memoria una historia que no contiene menos peligros que la narrada por Laureta, pero es diferente de ella en que aquéllos tal vez en varios años y éstos en el espacio de una noche se sucedieron, como vais a oír.

Hubo, según he oído, en Perusa, un joven cuyo nombre era Andreuccio de Prieto, tratante en caballos, el cual, habiendo oído que en Nápoles se compraban caballos a buen precio, metiéndose en la bolsa quinientos florines de oro, no habiendo nunca salido de su tierra, con otros mercaderes allá se fue; donde, llegado un domingo al atardecer e informado por su posadero, a la mañana siguiente bajó al mercado, y muchos vio y muchos le pluguieron y entró en tratos sobre muchos, pero no pudiendo concertarse sobre ninguno, para mostrar que a comprar había ido, como rudo y poco cauto, muchas veces en presencia de quien iba y de quien venía sacó fuera la bolsa donde tenía los florines. Y estando en estos tratos, habiendo mostrado su bolsa, sucedió que una joven siciliana bellísima, pero dispuesta por pequeño precio a complacer a cualquier hombre, sin que él la viera pasó cerca de él y vio su bolsa, y súbitamente se dijo:

–¿Quién estaría mejor que yo si aquellos dineros fuesen míos? –y siguió adelante. Y estaba con esta joven una vieja igualmente siciliana la cual, al ver a Andreuccio, dejando seguir la joven, afectuosamente corrió a abrazarlo; lo que viendo la joven, sin decir nada, aparte la empezó a esperar. Andreuccio volviéndose hacia la vieja la conoció y le hizo grandes fiestas prometiéndole ella venir a su posada, y sin quedarse allí más, se fue, y Andreuccio volvió a sus tratos; pero nada compró por la mañana. La joven, que primero la bolsa de Andreuccio y luego la familiaridad de su vieja con él había visto, por probar si había modo de que ella pudiese hacerse con aquellos dineros, o todos o en parte, cautamente empezó a preguntarle quién fuese él y de dónde, y qué hacía aquí y cómo le conocía. Y ella, todo con todo detalle de los asuntos de Andreuccio le dijo, como con poca diferencia lo hubiera dicho él mismo, como quien largamente en Sicilia con el padre de éste y luego en Perusa había estado, e igualmente le contó dónde paraba y por qué había venido.

La joven, plenamente informada del linaje de él y de los nombres, para proveer a su apetito, con aguda malicia, fundó sobre ello su plan; y, volviéndose a casa, dio a la vieja trabajo para todo el día para que no pudiese volver a Andreuccio; y tomando una criadita suya a quien había enseñado muy bien a tales servicios, hacia el anochecer la mandó a la posada donde Andreuccio paraba. Y llegada allí, por acaso a él mismo, y solo, encontró a la puerta, y le preguntó por él mismo; a lo cual, diciéndole él que él era, ella llevándolo aparte, le dijo: –Señor mío, una noble dama de esta tierra, si os pluguiese, querría hablar con vos.

Y él, al oírla, considerándose bien y pareciéndole ser un buen mozo, pensó que aquella tal dama debía estar enamorada de él, como si otro mejor mozo que él no se encontrase entonces en Nápoles, y prontamente repuso que estaba dispuesto y le preguntó dónde y cuándo aquella dama quería hablarle.

A lo que la criadita respondió: –Señor, cuando os plazca venir, os espera en su casa.

Andreuccio, prestamente y sin decir nada en la posada, dijo: –Pues vamos, ve delante; yo iré tras de ti.

Con lo que la criadita a casa de aquélla le condujo, que vivía en un barrio llamado Malpertuggio, que cuán honesto barrio era, su nombre mismo lo demuestra. Pero él, no sabiéndolo ni sospechándolo, creyéndose que iba a un honestísimo lugar y a una señora honrada, sin precauciones, entrada la criadita delante, entró en su casa; y al subir las escaleras, habiendo ya la criadita a su señora llamado y dicho: "¡Aquí está Andreuccio!", la vio arriba de la escalera

asomarse y esperarlo. Y ella era todavía bastante joven, alta de estatura y con hermosísimo rostro, vestida y adornada asaz honradamente. Y al aproximarse a ella Andreuccio, bajó tres escalones a su encuentro con los brazos abiertos y echándosele al cuello un rato lo estuvo abrazando sin decir nada, como si una invencible ternura le impidiese hacerlo; después, derramando lágrimas le besó en la frente, y con voz algo rota dijo: –¡Oh, Andreuccio mío, sé bienvenido!
Éste, maravillándose de caricias tan tiernas, todo estupefacto repuso: –¡Señora, bien hallada seáis!
Ella, después, tomándole de la mano le llevó abajo a su salón y desde allí, sin nada más decir, con él entró en su cámara, la cual a rosas, a flores de azahar y a otros olores olía toda, y allí vio un bellísimo lecho encortinado y muchos paños colgados de los travesaños según la costumbre de allí, y otros muy bellos y ricos arreos; por las cuales cosas, como inexperto que era, firmemente creyó que ella no era menos que gran señora. Y sentándose sobre un arca que estaba al pie de su lecho, así empezó a hablarle: –Andreuccio, estoy segura de que te maravillas de las caricias que te hago y de mis lágrimas, como quien no me conoce y por ventura nunca me oíste recordar: pero pronto oirás algo que tal vez te haga maravillarte más, como es que yo soy tu hermana; y te digo que, pues que Dios me ha hecho tan grande gracia que antes de mi muerte haya visto a alguno de mis hermanos, aunque deseo veros a todos, no me moriré en hora que, consolada, no muera. Y si esto tal vez nunca lo has oído, te lo voy a decir. Pietro, padre mío y tuyo, como creo que habrás podido saber, vivió largamente en Palermo, y por su bondad y agrado fue y todavía es por quienes le conocieron amado; pero entre otros que mucho le amaron, mi madre, que fue una mujer noble y entonces era viuda, fue quien más le amó, tanto, que depuesto el temor a su padre, a sus hermanos y su honor, de tal guisa se familiarizó con él que nací yo, y estoy aquí como me ves. Después, llegada la ocasión a Pietro de irse de Palermo y volver a Perusa, a mí, siendo muy niña, me dejó con mi madre, y nunca más, por lo que yo sé, ni de mí ni de ella se acordó: por lo que yo, si mi padre no fuera, mucho le reprobaría, teniendo en cuenta la ingratitud suya hacia mi madre mostrada, y no menos el amor que a mí, como a su hija no nacida de criada ni de vil mujer, debía tener; y que ella, sin saber de otra manera quién fuese él, movida por fidelísimo amor puso sus cosas y ella misma en sus manos. Pero ¿qué? Las cosas mal hechas y pasadas ha mucho tiempo son más fáciles de reprochar que de enmendar; así fueron las cosas sin embargo. Él me dejó en Palermo siendo niña donde, crecida casi como soy, mi madre, que era muy rica, me dio por mujer a uno de Agrigento, gentilhombre y honrado, que por amor de mi madre y de mí vino a vivir en Palermo; y allí, como muy güelfo, comenzó a concertar algún trato con nuestro rey Carlos. Lo que, sabido del rey Federico, antes de que pudiese llevarse a cabo, fue motivo de hacerle huir de Sicilia cuando yo esperaba ser la mayor señora que hubiera en aquella isla donde, tomadas las pocas cosas que podíamos tomar (digo pocas con respecto a las muchas que teníamos), dejadas las tierras y los palacios en esta tierra nos refugiamos, donde al rey Carlos hacia nosotros encontramos tan agradecido que, reparados en parte los daños que por él recibido habíamos, nos ha dado posesiones y casas, y da continuamente a mi marido, y a tu cuñado que es, buenos gajes, tal como podrás ver: y de esta manera estoy aquí donde yo, por la buena gracia de Dios y no tuya, dulce hermano mío, te veo.
Y dicho así, empezó a abrazarlo otra vez, y otra vez llorando tiernamente, le besó en la frente. Andreuccio, oyendo esta fábula tan ordenada y tan compuestamente contada por aquella a la que en ningún momento moría la palabra entre los dientes ni le balbuceaba la lengua, acordándose ser verdad que su padre había estado en Palermo, y por sí mismo conociendo las costumbres de los jóvenes, que de buen agrado aman en la juventud, y viendo las tiernas lágrimas, el abrazarle y los honestos besos, tuvo aquello que ésta decía por más que verdadero.
Y después que calló, le repuso: –Señora, no os debe parecer gran cosa que me maraville; porque en verdad, sea que mi padre, por lo que lo hiciese, de vuestra madre y de vos no hablase nunca, o sea que, si habló de ello a mi conocimiento no haya venido, yo por mí tal conocimiento tenía de vos como si no hubieseis existido; y me es tanto más grato aquí haber encontrado a mi hermana cuanto más solo estoy aquí y menos lo esperaba. Y en verdad no conozco a nadie de tan alta posición a quien no debieseis ser querida, y menos a mí que soy un pequeño mercader. Pero una cosa quiero que me aclaréis: ¿cómo supisteis que estaba aquí?
A lo que respondió ella: –Esta mañana me lo hizo saber una pobre mujer que mucho me visita porque con nuestro padre, por lo que ella me dice, largamente en Palermo y en Perusa estuvo: y si no fuera que me parecía más honesto que tú vinieses a mí a tu casa que no yo fuese a ti a la de otros, hace

mucho rato que yo hubiera ido a ti.
Después de estas palabras, empezó ella a preguntar separadamente sobre todos los parientes, por su nombre; y sobre todos le contestó Andreuccio, creyendo por esto más todavía lo que menos le convenía creer. Habiendo sido la conversación larga y el calor grande, hizo ella venir vino de Grecia y dulces e hizo dar de beber a Andreuccio; el cual, luego de esto, queriéndose ir porque era la hora de la cena, en ninguna guisa lo sufrió ella, sino que poniendo semblante de enojarse mucho, abrazándole le dijo: –¡Ay, triste de mí! Que asaz claro conozco que te soy poco querida. ¿Cómo va a pensarse que estés con una hermana tuya nunca vista por ti, y en su casa, donde al venir aquí debías haberte albergado, y quieras salir de ella para ir a cenar a la posada? En verdad que cenarás conmigo: y aunque mi marido no esté aquí, de lo que mucho me pesa, yo sabré bien, como mujer, hacerte los honores.
A lo que Andreuccio, no sabiendo qué otra cosa responder, dijo: –Vos me sois querida como debe serlo una hermana, pero si no me voy seré esperado durante toda la noche para cenar y cometeré una villanía.
Y ella entonces dijo: –Alabado sea Dios, ¿no tengo yo en casa por quien mandar a decir que no seas esperado? Y aún harías mayor cortesía, y tu deber, en mandar a decir a tus compañeros que viniesen a cenar, y luego, si quisieras irte, podríais todos iros en compañía.
Andreuccio respondió que de sus compañeros no quería nada por aquella noche, pero que, pues ello le agradaba, dispusiese de él a su gusto. Ella entonces hizo semblante de mandar a decir a la posada que no le esperasen para la cena; y luego, después de muchos otros razonamientos, sentándose a cenar y espléndidamente servidos de muchos manjares, astutamente la hizo durar hasta la noche cerrada: y habiéndose levantado de la mesa, y Andreuccio queriéndose ir, ella dijo que en ninguna guisa lo sufriría porque Nápoles no era una ciudad para andar por la calle de noche, y máxime un forastero, y que lo mismo que había mandado a decir que no le esperasen a cenar, lo mismo había hecho con el albergue. El, creyendo esto, y agradándole, engañado por la falsa confianza, quedarse con ella, se quedó. Fue, pues, después de la cena, la conversación mucha y larga, y no mantenida sin razón: y habiendo ya pasado parte de la noche, ella, dejando a Andreuccio dormir en su alcoba con un muchachito que le ayudase si necesitaba algo, con sus mujeres se fue a otra cámara. Y era el calor grande; por lo cual Andreuccio, al ver que se quedaba solo, prontamente se quedó en justillo y se quitó las calzas y las puso en la cabecera de la cama; y siéndole menester la natural costumbre de tener que disponer del superfluo peso del vientre, dónde se hacía aquello preguntó al muchachito, quien en un rincón de la alcoba le mostró una puerta, y dijo: –Id ahí adentro.
Andreuccio, que había pasado dentro con seguridad, fue por acaso a poner el pie sobre una tabla la cual, de la parte opuesta desclavada de la viga sobre la que estaba, volcándose esta tabla, junto a él se fue de allí para abajo: y tanto lo amó Dios que ningún mal se hizo en la caída, aun cayendo de bastante altura; pero todo en la porquería de la cual estaba lleno el lugar se ensució.
El cual lugar, para que mejor entendáis lo que se ha dicho y lo que sigue, cómo era os lo diré. Era un callejón estrecho como muchas veces lo vemos entre dos casas: sobre dos pequeños travesaños, tendidos de una a la otra casa, se habían clavado algunas tablas y puesto el sitio donde sentarse; de las cuales tablas, aquella con la que él cayó era una. Encontrándose, pues, allá abajo en el callejón Andreuccio, quejándose del caso comenzó a llamar al muchacho: pero el muchacho, al sentirlo caer corrió a decirlo a su señora, la cual, corriendo a su alcoba, prontamente miró si sus ropas estaban allí y encontradas las ropas y con ellas los dineros, los cuales, por desconfianza tontamente llevaba encima, teniendo ya aquello a lo que ella, de Palermo, haciéndose la hermana de un perusino, había tendido la trampa, no preocupándose de él, prontamente fue a cerrar la puerta por la que él había salido cuando cayó.
Andreuccio, no respondiéndole el muchacho, comenzó a llamar más fuerte, pero sin servir de nada; por lo que, ya sospechando y tarde empezando a darse cuenta del engaño, súbito subiéndose sobre una pared baja que aquel callejón separaba de la calle y bajando a la calle, a la puerta de la casa, que muy bien reconoció, se fue y allí en vano llamó largamente, y mucho la sacudió y golpeó. Sobre lo que, llorando como quien clara veía su desventura, empezó a decir: –¡Ay de mí, triste! ¡En qué poco tiempo he perdido quinientos florines y una hermana!
Y después de muchas otras palabras, de nuevo comenzó a golpear la puerta y a gritar; y tanto lo hizo que muchos de los vecinos circundantes, habiéndose despertado, no pudiendo sufrir la molestia, se levantaron, y una de las domésticas de la mujer, que parecía medio dormida, asomándose a la ventana, reprobatoriamente dijo: –¿Quién da golpes abajo?
–¡Oh! –dijo Andreuccio–, ¿y no me conoces? Soy Andreuccio, hermano de la señora Flordelís.

A lo que ella respondió: –Buen hombre, si has bebido de más ve a dormirte y vuelve por la mañana; no sé qué Andreuccio ni qué burlas son esas que dices: vete en buena hora y déjame dormir, si te place.
–¿Cómo? –dijo Andreuccio–, ¿no sabes lo que digo? Sí lo sabes bien; pero si así son los parentescos de Sicilia, que en tan poco tiempo se olvidan, devuélveme al menos mis ropas que he dejado ahí, y me iré con Dios de buena gana.
A lo que ella, casi riéndose, dijo: –Buen hombre, me parece que estás soñando.
Y el decir esto y el meterse dentro y cerrar la ventana fue todo uno. Por lo que la gran ira de Andreuccio, ya segurísimo de sus males, con la aflicción estuvo a punto de convertirse en furor, y con la fuerza se propuso reclamar aquello que con las palabras recuperar no podía, por lo que, para empezar, cogiendo una gran piedra, con mucho mayores golpes que antes, furiosamente comenzó a golpear la puerta. Por lo cual, muchos de los vecinos antes despertados y levantados, creyendo que fuese algún importuno que aquellas palabras fingiese para molestar a aquella buena mujer, fastidiados por el golpear que armaba, asomados a la ventana no de otra manera que a un perro forastero todos los del barrio le ladran detrás, empezaron a decir: –Es gran villanía venir a estas horas a casa de las buenas mujeres a decir estas burlas; ¡bah!, vete con Dios, buen hombre; déjanos dormir si te place; y si algo tienes que tratar con ella vuelve mañana y no nos des este fastidio esta noche.
Con las cuales palabras, tal vez tranquilizado uno que había dentro de la casa, alcahuete de la buena mujer, y a quien él no había visto ni oído, se asomó a la ventana y con una gran voz gruesa, horrible y fiera dijo: –¿Quién está ahí abajo?
Andreuccio, levantando la cabeza a aquella voz, vio uno que, por lo poco que pudo comprender, parecía tener que ser un pez gordo, con una barba negra y espesa en la cara, y como si de la cama o de un profundo sueño se levantase, bostezaba y refregaba los ojos. A lo que él, no sin miedo, repuso: –Yo soy un hermano de la señora de ahí dentro.
Pero aquél no esperó a que Andreuccio terminase la respuesta sino que, más recio que antes, dijo: –¡No sé qué me detiene que no bajo y te doy de bastonazos mientras vea que te estás moviendo, asno molesto y borracho que debes ser, que esta noche no nos vas a dejar dormir a nadie!
Y volviéndose adentro, cerró la ventana. Algunos de los vecinos, que mejor conocían la condición de aquél, en voz baja decían a Andreuccio:
–Por Dios, buen hombre, ve con Dios; no quieras que esta noche te mate éste; vete por tu bien.
Por lo que Andreuccio, espantado de la voz de aquél y de la vista, y empujado por los consejos de aquéllos, que le parecía que hablaban movidos por la caridad, afligido cuanto más pudo estarlo nadie y desesperando de recuperar sus dineros, hacia aquella parte por donde de día había seguido a la criadita, sin saber dónde ir, tomó el camino para volver a la posada.
Y disgustándose a sí mismo por el mal olor que de él mismo le llegaba, deseoso de llegar hasta el mar para lavarse, torció a mano izquierda y se puso a bajar por una calle llamada la Ruga Catalana; y andando hacia lo alto de la ciudad, vio que por acaso venían hacia él dos con una linterna en la mano, los cuales, temiendo que fuesen de la guardia de la corte u otros hombres a hacer el mal dispuestos, por huirlos, en una casucha de la cual se vio cerca, cautamente se escondió. Pero éstos, como si a aquel mismo lugar fuesen enviados, dejando en el suelo algunas herramientas que traían, con el otro empezó a mirarlas, hablando de varias cosas sobre ellas. Y mientras hablaban dijo uno:
–¿Qué quiere decir esto? Siento el mayor hedor que me parece haber sentido nunca.
Y esto dicho, alzando un tanto la linterna, vieron al desdichado de Andreuccio y estupefactos preguntaron: –¿Quién está ahí?
Andreuccio se callaba; pero ellos, acercándose con la luz, le preguntaron que qué cosa tan asquerosa estaba haciendo allí, a lo que Andreuccio, lo que le había sucedido les contó por entero. Ellos, imaginándose dónde le podía haber pasado aquello, dijeron entre sí:
–Verdaderamente en casa del matón de Buottafuoco ha sido eso.
Y volviéndose a él, le dijo uno: –Buen hombre, aunque hayas perdido tus dineros, tienes mucho que dar gracias a Dios de que te sucediera caerte y no poder volver a entrar en la casa; porque, si no te hubieras caído, está seguro de que, al haberte dormido, te habrían matado y habrías perdido la vida con los dineros. ¿Pero de qué sirve ya lamentarse? No podrías recuperar un dinero como que hay estrellas en el cielo, y bien podrían matarte si aquél oye que dices una palabra de todo esto.
Y dicho esto, hablando entre sí un momento, le dijeron:
–Mira, nos ha dado compasión de ti, y por ello, si quieres venir con nosotros a hacer una cosa que vamos a hacer, parece muy cierto que la parte que te toque será del valor de mucho más de lo que has perdido.
Andreuccio, como desesperado, repuso que estaba pronto. Había sido sepultado aquel día un arzobispo

de Nápoles, llamado micer Filippo Minútolo, y había sido sepultado con riquísimos ornamentos y con un rubí en el dedo que valía más de quinientos florines de oro, y que éstos querían ir a robar; y así se lo dijeron a Andreuccio, con lo que Andreuccio, más codicioso que bien aconsejado, con ellos se puso en camino. Y andando hacia la iglesia mayor, y Andreuccio hediendo muchísimo, dijo uno: –¿No podríamos hallar el modo de que éste se lavase un poco donde sea, para que no hediese tan fieramente? Dijo el otro: –Sí, estamos cerca de un pozo en el que siempre suele estar la polea y un gran cubo; vamos allá y lo lavaremos en un momento.

Llegados a este pozo, encontraron que la soga estaba, pero que se habían llevado el cubo; por lo que juntos deliberaron atarlo a la cuerda y bajarlo al pozo, y que él allí abajo se lavase, y cuando estuviese lavado tirase de la soga y ellos le subirían; y así lo hicieron.

Sucedió que, habiéndolo bajado al pozo, algunos de los guardias de la señoría (o por el calor o porque habían corrido detrás de alguien) teniendo sed, a aquel pozo vinieron a beber; los que, al ver a aquellos dos incontinenti se dieron a la fuga, no habiéndolos visto los guardias que venían a beber.

Y estando ya en el fondo del pozo Andreuccio lavado, meneó la soga. Ellos, con sed, dejando en el suelo sus escudos y sus armas y sus túnicas, empezaron a tirar de la cuerda, creyendo que estaba colgado de ella el cubo lleno de agua. Cuando Andreuccio se vio del brocal del pozo cerca, soltando la soga, con las manos se echó sobre aquél; lo cual, viéndolo aquéllos, cogidos de miedo súbito, sin más soltaron la soga y se dieron a huir lo más deprisa que podían. De lo que Andreuccio se maravilló mucho, y si no se hubiera sujetado bien, habría otra vez caído al fondo, tal vez no sin gran daño suyo o muerte: pero salió de allí y, encontradas aquellas armas que sabía que sus compañeros no habían llevado, todavía más comenzó a maravillarse.

Pero temeroso y no sabiendo de qué, lamentándose de su fortuna, sin nada tocar, deliberó irse; y andaba sin saber a dónde. Andando así, vino a toparse con aquellos sus dos compañeros, que venían a sacarlo del pozo; y, al verle, maravillándose mucho, le preguntaron quién del pozo le había sacado. Andreuccio respondió que no lo sabía y les contó ordenadamente cómo había sucedido y lo que había encontrado fuera del pozo. Por lo que ellos, dándose cuenta de lo que había sido, riendo le contaron por qué habían huido y quiénes eran aquellos que le habían sacado. Y sin más palabras, siendo ya medianoche, se fueron a la iglesia mayor, y en ella muy fácilmente entraron, y fueron al sepulcro, el cual era de mármol y muy grande; y con un hierro que llevaba la losa, que era pesadísima, la levantaron tanto cuanto era necesario para que un hombre pudiese entrar dentro, y la apuntalaron. Y hecho esto, empezó uno a decir:

–¿Quién entrará dentro?

A lo que el otro respondió:

–Yo no.

–Ni yo –dijo aquél–, pero que entre Andreuccio.

–Eso no lo haré yo –dijo Andreuccio.

Hacia el cual aquéllos, ambos a dos vueltos, dijeron:

–¿Cómo que no entrarás? A fe de Dios, si no entras te daremos tantos golpes con uno de estos hierros en la cabeza que te haremos caer muerto.

Andreuccio, sintiendo miedo, entró, y al entrar pensó: "Ésos me hacen entrar para engañarme porque cuando les haya dado todo, mientras esté tratando de salir de la sepultura se irán a sus asuntos y me quedaré sin nada". Y por ello pensó quedarse ya con su parte; y acordándose del precioso anillo del que les había oído hablar, cuando ya hubo bajado se lo sacó del dedo al arzobispo y se lo puso él; y luego, dándoles el báculo y la mitra y los guantes, y quitándole hasta la camisa, todo se lo dio, diciendo que no había nada más. Ellos, afirmando que debía estar el anillo, le dijeron que buscase por todas partes; pero él, respondiendo que no lo encontraba y fingiendo buscarlo, un rato les tuvo esperando. Ellos que, por otra parte, eran tan maliciosos como él, diciéndole que siguiera buscando bien, en el momento oportuno, quitaron el puntal que sostenía la losa y, huyendo, a él dentro del sepulcro lo dejaron encerrado. Oyendo lo cual lo que sintió Andreuccio cualquiera puede imaginarlo.

Trató muchas veces con la cabeza y con los hombros de ver si podía alzar la losa, pero se cansaba en vano; por lo que, de gran valor vencido, perdiendo el conocimiento, cayó sobre el muerto cuerpo del arzobispo; y quien lo hubiese visto entonces malamente hubiera sabido quién estaba más muerto, el arzobispo o él. Pero luego que hubo vuelto en sí, empezó a llorar sin tino, viéndose allí sin duda a uno de dos fines tener que llegar: o en aquel sepulcro, no viniendo nadie a abrirlo, de hambre y de hedores entre los gusanos del cuerpo muerto tener que morir, o viniendo alguien y encontrándolo dentro, tener que ser colgado como ladrón. Y en tales pensamientos y muy acongojado estando, sintió por la iglesia andar gentes y hablar muchas personas, las cuales, como pensaba, andaban a hacer lo que él con sus compañeros habían ya hecho; por lo que

mucho le aumentó el miedo.
Pero luego de que aquéllos tuvieron el sepulcro abierto y apuntalado, cayeron en la discusión de quién debiese entrar, y ninguno quería hacerlo; pero luego de larga disputa un cura dijo: –¿Qué miedo tenéis? ¿Creéis que va a comeros? Los muertos no se comen a los hombres; yo entraré dentro, yo.
Y así dicho, puesto el pecho sobre el borde del sepulcro, volvió la cabeza hacia afuera y echó dentro las piernas para tirarse al fondo.
Andreuccio, viendo esto, poniéndose en pie, cogió al cura por una de las piernas y fingió querer tirar de él hacia abajo. Lo que sintiendo el cura, dio un grito grandísimo y rápidamente del arca se tiró afuera: de lo cual, espantados todos los otros, dejando el sepulcro abierto, no de otra manera se dieron a la fuga cual si fuesen perseguidos por cien mil diablos. Lo que viendo Andreuccio, alegre contra lo que esperaba, súbitamente se arrojó fuera y por donde había venido salió de la iglesia. Y aproximándose ya el día, con aquel anillo en el dedo andando a la aventura, llegó al mar y de allí se enderezó a su posada, donde a sus compañeros y al posadero encontró, que habían estado toda la noche preocupados por lo que podría haber sido de él. A los cuales contándoles lo que le había sucedido, pareció por el consejo de su posadero que él incontinenti debía irse de Nápoles; la cual cosa hizo prestamente y se volvió a Perusa, habiendo invertido lo suyo en un anillo cuando a lo que había ido era a comprar caballos. ♣



Desgracia y fortuna de Madama Beritola

Madama Beritola, con dos cabritillos en una isla encontrada, habiendo perdido dos hijos, se va de allí a Lunigiana. Allí, uno de los hijos va a servir a su señor y con la hija de éste se acuesta, y es puesto en prisión; Sicilia rebelada contra el rey Carlos, y reconocido el hijo por la madre, se casa con la hija de su señor y encuentra a su hermano, y vuelven a tener una alta posición.

Habían las señoras al igual que los jóvenes reído mucho de los casos de Andreuccio por Fiameta narrados, cuando Emilia, advirtiendo la historia terminada, por mandato de la reina así comenzó: Graves cosas y dolorosas son los movimientos varios de la fortuna, sobre los cuales (porque cuantas veces alguna cosa se dice, tantas hay un despertar de nuestras mentes, que fácilmente se adormecen con sus halagos) juzgo que no desagrade tener que oír tanto a los felices como a los desgraciados, por cuanto a los primeros hace precavidos y a los segundos consuela. Y por ello, aunque grandes cosas hayan sido dichas antes, entiendo contaros una historia no menos verdadera que piadosa, la cual, aunque alegre fin tuviese, fue tanta y tan larga su amargura, que apenas puedo creer que alguna vez la dulcificase la alegría que la siguió.

Carísimas señoras, debéis saber que después de la muerte de Federico II el emperador, fue coronado rey de Sicilia Manfredo , junto al cual en grandísima privanza estuvo un hombre noble de Nápoles llamado Arrighetto Capece, el cual tenía por mujer a una hermosa y noble dama igualmente napolitana llamada madama Beritola Caracciola. El cual Arrighetto, teniendo el gobierno de la isla en las manos, oyendo que el rey Carlos primero había vencido en Benevento y matado a Manfredo, y que todo el reino se volvía a él, teniendo poca confianza en la escasa lealtad de los sicilianos y no queriendo convertirse en súbdito del enemigo de su señor, se preparaba huir. Pero conocido esto por los sicilianos, súbitamente él y muchos otro amigos y servidores del rey Manfredo fueron entregados como prisionero al rey Carlos, y el dominio de la isla después.

Madama Beritola, en tan gran mudanza de las cosas, no sabiendo qué fuese de Arrighetto y siempre temiendo lo que había sucedido, por temor a ser ultrajada, dejadas todas sus cosas, con un hijo suyo de edad de unos ocho años llamado Giuffredi, y preñada y pobre, montando en una barquichuela, huyó a Lípari, y allí parió otro hijo varón al que llamó el Expulsado; y tomada una nodriza, con todos en un barquichuelo montó para volverse a Nápoles con sus parientes. Pero de otra manera sucedió que como pensaba; porque por la fuerza del viento el barco, que a Nápoles ir debía, fue transportado a la isla de Ponza, donde, entrados en una pequeña caleta, se pusieron a esperar oportunidad para su viaje.

Madama Beritola, tomando tierra en la isla como los demás, y en ella un lugar solitario y remoto encontrado, allí a dolerse por su Arrighetto se retiró sola. Y haciendo lo mismo todos los días, sucedió que, estando ella ocupada en su aflicción, sin que nadie, ni marinero ni otro, se diese cuenta, llegó una galera de corsarios, quienes a todos capturaron a mansalva y se fueron.

Madama Beritola, terminado su diario lamento, volviendo a la playa para ver de nuevo a sus hijos, como acostumbraba hacer, a nadie encontró allí, de lo que se maravilló primero, y luego, súbitamente sospechando lo que había sucedido, los ojos hacia el mar dirigió y vio la galera, todavía no muy alejada, que remolcaba al barquichuelo, por lo que óptimamente conoció que, al igual que al marido, había perdido a los hijos; y pobre y sola y abandonada, sin saber dónde a nadie pudiese encontrar jamás, viéndose allí, desmayada, llamando al marido y a los hijos, cayó sobre la playa. No había aquí quien con agua fría o

con otro medio a las desmayadas fuerzas llamase, por lo que a su albedrío pudieron los espíritus andar vagando por donde quisieron ; pero después de que en el mísero cuerpo las partidas fuerzas junto con las lágrimas y el llanto volvieron, largamente llamó a los hijos y mucho por todas las cavernas los anduvo buscando. Pero luego que conoció que se fatigaba inútilmente y vio caer la noche, esperando y no sabiendo qué, por sí misma se preocupó un tanto y, yéndose de la playa, a aquella caverna donde acostumbraba a llorar y a dolerse volvió. Y luego de que la noche con mucho miedo y con incalculable dolor fue pasada y el nuevo día venido, y ya pasada la hora de tercia, como la noche antes cenado no había, obligada por el hambre, se dio a pacer la hierba; y paciendo como pudo, llorando, a diversos pensamientos sobre su futura vida se entregó. Y mientras estaba en ellos, vio venir una cabrilla y entrar allí cerca en una caverna, y luego de un poco salir de ella e irse por el bosque; por lo que, levantándose, allí entró donde había salido la cabrilla, y vio dos cabritillos tal vez nacidos el mismo día, los cuales le parecieron la cosa más dulce del mundo y la más graciosa; y no habiéndosele todavía del reciente parto retirado la leche del pecho, los cogió tiernamente y se los puso al pecho.

Los cuales, no rehusando el servicio, así mamaban de ella como hubiesen hecho de su madre, y de entonces en adelante entre la madre y ella ninguna distinción hicieron; por lo que, pareciéndole a la noble señora haber en el desierto lugar alguna compañía encontrado, pastando hierbas y bebiendo agua y tantas veces llorando cuantas del marido y de los hijos y de su pretérita vida se acordaba, allí a vivir y a morir se había dispuesto, no menos familiar con la cabrilla vuelta que con los hijos. Y, viviendo así, la noble señora en fiera convertida, sucedió que, después de algunos meses, por fortuna llegó también un barquito de pisanos allí donde ella había llegado antes, y se quedó varios días. Había en aquel barco un hombre noble llamado Currado de los marqueses de Malaspina con una mujer suya valerosa y santa; y venían en peregrinación de todos los santos lugares que hay en el reino de Apulia y a su casa volvían. El cual, por entretener el aburrimiento, junto con su mujer y con algunos servidores y con sus perros, un día a bajar a la isla se puso; y no muy lejano del lugar donde estaba madama Beritola, empezaron los perros de Currado a seguir a los dos cabritillos, los cuales, ya grandecitos, andaban paciendo; los cuales cabritillos, perseguidos por los perros, a ninguna parte huyeron sino a la caverna donde estaba madama Beritola. La cual, viendo esto, poniéndose en pie y cogiendo un bastón, hizo retroceder a los perros; y allí Currado y su mujer, que a sus perros seguían, llegando, viéndola morena y delgada y peluda como se había puesto, se maravillaron, y ella mucho más que ellos. Pero luego de que a sus ruegos hubo Currado sujetado a sus perros, después de muchas súplicas le hicieron que dijese quién era y qué hacía aquí, la cual enteramente toda su condición y todas sus desventuras y su rigurosa resolución les comunicó. Lo que, oyendo Currado, que muy bien a Arrighetto Capece conocido había, lloró de compasión y con muchas palabras se ingenió en apartarla de decisión tan rigurosa, ofreciéndola llevarla a su casa o tenerla consigo con el mismo honor que a su hermana, y que allí se quedase hasta que Dios más alegre fortuna le deparara. A cuyas ofertas no plegándose la señora, Currado dejó con ella a su mujer y le dijo que mandase traer aquí de qué comer, y a ella, que estaba en harapos, con alguno de sus vestidos vistiese, e hiciese todo para llevarla con ellos. Quedándose con ella la noble señora, habiendo primero con madama Beritola llorado mucho de sus infortunios, hechos venir vestidos y viandas, con la mayor fatiga del mundo a tomarlos y a comer la indujo: y por fin, luego de muchos ruegos, afirmando ella nunca querer ir a donde conocida fuera, la indujo a irse con ellos a Lunigiana junto con los dos cabritillos y con la cabrilla, la que en aquel entretanto había vuelto y no sin gran maravilla de la noble señora le había hecho grandísimas fiestas. Y así, venido el buen tiempo, madama Beritola con Currado y con su mujer en su barco montó, y junto con ellos la cabrilla y los dos cabritillos; por los cuales no sabiendo todos su nombre, fue Cabrilla llamada; y, con buen viento, pronto llegaron hasta la desembocadura del Magra, donde bajándose, a sus castillos subieron. Allí, junto a la mujer de Currado, madama Beritola, en trajes de viuda, como una damisela suya, honesta y humilde y obediente estuvo, siempre a sus cabritillos teniendo amor y haciéndoles alimentar. Los corsarios que habían en Ponza tomado el barco en que madama Beritola había venido dejándola a ella como a quien no habían visto, con toda la demás gente se fueron a Génova; y allí dividida la presa entre los amos de la galera, tocó por ventura, entre otras cosas, en suerte a un micer Guasparrino de Oria la nodriza de madama Beritola y los dos niños con ella; el cual, a ella junto con los dos niños mandó a su casa para tenerlos como siervos en los trabajos de la casa.

La nodriza, sobremanera afligida por la pérdida de su

ama y por la mísera fortuna en la que veía haber caído a los dos niños, lloró amargamente; pero después que vio que las lágrimas de nada servían y que ella era sierva junto con ellos, aunque pobre mujer fuese, era sin embargo sabia y sagaz; por lo que, consolándose lo mejor que pudo, y mirando a donde habían llegado, pensó que si los dos niños eran reconocidos, por acaso podrían con facilidad recibir molestias, y además de ello, esperando que, cuando fuese podría cambiar la fortuna y ellos podrían, si vivos estuvieran, al perdido estado volver, pensó no descubrir a nadie quiénes fueran, si no veía que fuese oportuno: y a todos decía (los que le habían preguntado por ello) que eran sus hijos. Y al mayor, no Giuffredi, sino Giannotto de Prócida llamaba; al menor no se preocupó de cambiarle el nombre; y con suma diligencia enseñó a Giuffredi por qué le había cambiado el nombre y en qué peligro podía estar si fuera reconocido, y esto no una vez sino muchas y con frecuencia le recordaba: lo que el muchacho, que era buen entendedor, según la enseñanza de la sabia nodriza óptimamente hacía.

Se quedaron, pues, mal vestidos y peor calzados, ocupados en todos los trabajos viles, junto con la nodriza, pacientemente muchos años los dos muchachos en casa de micer Guasparrino. Pero Giannotto, ya de edad de dieciséis años, teniendo mayor ánimo del que pertenecía a un siervo, desdeñando la vileza de la condición servil, subiendo a unas galeras que iban a Alejandría, del servicio de micer Guasparrino se fue y anduvo en muchos lugares, sin poder mejorar en nada. Al final después de unos tres o cuatro años de haberse ido de casa de micer Guasparrino, siendo un buen mozo y habiéndose hecho grande de estatura, y habiendo oído que su padre, al que creía muerto, estaba todavía vivo aunque en cautividad tenido por el rey Carlos, casi desesperando de la fortuna, andando vagabundo, llegó a Lunigiana, y allí entró por acaso como criado de Currado Malaspina sirviéndole con diligencia y agrado. Y como raras veces a su madre, que con la señora de Currado estaba, viese, ninguna la conoció, ni ella a él: tanto la edad al uno y al otro, de lo que solían ser cuando se vieron por última vez, había transformado. Estando, pues, Giannotto al servicio de Currado, sucedió que una hija de Currado cuyo nombre era Spina, que había enviudado de Niccola de Grignano, volvió a casa del padre; la cual, siendo muy bella y agradable y joven de poco más de dieciséis años, por ventura le echó los ojos encima a Giannotto y él a ella, y ardentísimamente el uno del otro se enamoraron. El cual amor no estuvo largamente sin efecto, y muchos meses pasaron antes de que nadie se apercibiese; por lo cual, ellos, demasiado seguros, comenzaron a actuar de manera menos discreta que la que para tales hechos se requería. Y yendo un día por un hermoso bosque de muchos árboles, la joven junto con Giannotto, dejando a toda la demás compañía, se fueron delante, y pareciéndoles que habían dejado muy lejos a los demás, en un lugar deleitoso y lleno de hierbas y flores, y rodeado de árboles, descansando, a tomar el amoroso placer el uno del otro empezaron. Y cuando ya habían estado juntos largo tiempo, que el gran deleite les hizo encontrar muy breve, en esto por la madre de la joven primero, y luego por Currado, fueron alcanzados. El cual, afligido sobremanera al ver esto, sin nada decir del porqué, a los dos hizo coger por tres de sus servidores y a un castillo suyo llevarlos atados; y de ira y de disgusto gimiendo andaba, dispuesto a hacerles vilmente morir.

La madre de la joven, aunque muy enojada estuviese y digna reputase a su hija por su falta de cualquier cruel penitencia, habiendo por algunas palabras de Currado comprendido cuál era su intención respecto de los culpables, no pudiendo soportar aquello, apresurándose alcanzó al airado marido y comenzó a rogarle que quisiese agradarla no corriendo furiosamente a convertirse en su vejez en homicida de su hija y a mancharse las manos con la sangre de un criado suyo, y que encontrase otra manera de satisfacer su ira, así como hacerles encarcelar y en la prisión penar y llorar por el pecado cometido. Y tanto éstas y otras palabras le estuvo diciendo la santa mujer que apartó de su ánimo el propósito de matarlos; y mandó que en distintos lugares cada uno de ellos fuese encarcelado, y allí guardado bien, y con poca comida y muchas incomodidades mantenidos hasta que decidiese hacer otra cosa de ellos; y así se hizo. Y cuál fuese su vida en cautiverio y en continuas lágrimas y en más largos ayunos de los que serían menester, cualquiera puede pensarlo. Llevando, pues, Giannotto y Spina una vida tan dolorosa, y habiendo ya un año sin acordarse Currado de ellos pasado, sucedió que el rey Pedro de Aragón, por un acuerdo con micer Gian de Prócida, sublevó a la isla de Sicilia y la quitó al rey Carlos; por lo que Currado, como gibelino, hizo una gran fiesta. De la que oyendo hablar Giannotto a alguno de aquellos que le custodiaban, dio un gran suspiro y dijo:

–¡Ay, triste de mí! ¡Que hace hoy ya catorce años que ando arrastrándome por el mundo, no esperando

otra cosa que ésta, y ahora que es venida, y para que ya no espere tener ningún bien, me ha encontrado en prisión, de la que nunca sino muerto espero salir!

–¿Y qué? –dijo el carcelero–. ¿Qué te importa a ti lo que hagan los altísimos reyes? ¿Qué tienes tú que hacer en Sicilia?

A lo que Giannotto dijo: –Parece que se me rompe el corazón acordándome de lo que mi padre tuvo que hacer allí, el cual, aunque yo niño chico era cuando huí de allí, aún me acuerdo que lo vi señor en vida del rey Manfredo.

Siguió el carcelero: –¿Y quién fue tu padre?

–Mi padre –dijo Giannotto– puedo ya asaz seguramente manifestarlo pues que me veo a cubierto del peligro que temía descubriéndolo, se llamó y se llama aún, si vive, Arrighetto Capece, y yo no Giannotto sino Giuffredi me llamo; y nada dudo, si de aquí saliera, que volviendo a Sicilia, no tuviese allí todavía una altísima posición.

El buen hombre, sin más decir, en cuanto hubo lugar todo se lo contó a Currado. Lo que oyendo Currado, aunque mostró no preocuparse del prisionero, se fue a ver a madama Beritola y placenteramente le preguntó si había tenido algún hijo de Arrighetto que se llamase Giuffredi. La señora, llorando, respondió que, si el mayor de los dos suyos que había tenido estuviera vivo, así se llamaría y sería de edad de veintidós años. Oyendo esto, Currado pensó que podía de una vez hacer una gran misericordia y borrar su vergüenza y la de su hija dándosela a aquél por mujer; y por ello, haciendo venir secretamente a Giannotto, le examinó detalladamente sobre toda su pasada vida. Y hallando abundancia de indicios manifiestos de que verdaderamente era Giuffredi, hijo de Arrighetto, le dijo: –Giannotto, sabes cuán grande y cuál ha sido la ofensa que me has hecho en mi propia hija cuando, habiéndote yo tratado bien y amistosamente, como debe hacerse con los servidores, debías mi honor y el de mis cosas siempre buscar y servir; y muchos serían los que si tú les hubieras hecho lo que a mí me hiciste, con vituperio te habrían hecho morir, lo que mi piedad no sufrió. Ahora, puesto que así como me dices eres hijo de un hombre noble y de una noble señora, quiero a tus angustias, si tú lo quieres, poner fin y quitarte de la miseria y del cautiverio en los que estás, y al mismo tiempo tu honor y el mío reintegrar a su debido sitio. Como sabes, Spina, a quien con amorosa (aunque poco conveniente para ti y para ella) amistad tomaste, es viuda, y su dote es grande y buena; cuáles sean las costumbres de su padre y de su madre las conoces, de tu presente estado nada digo. Por lo que, cuando quieras, estoy dispuesto a que, ya que deshonestamente fue tu amiga se convierta honestamente en tu mujer, y que a guisa de hijo mío aquí conmigo y con ella cuanto te plazca vivas.

Había la prisión macerado las carnes de Giannotto, pero el generoso ánimo propio de su origen no había disminuido nada en él, ni tampoco el verdadero amor que tenía a su mujer; y aunque fervientemente desease lo que Currado le ofrecía y lo viese a su alcance, en nada atenuó lo que la grandeza de su ánimo le mostraba tener que decir, y repuso:

–Currado, ni avidez de señorío ni deseo de dineros ni alguna otra razón me hizo nunca contra tu vida y tus cosas obrar como traidor. Amé a tu hija y la amo y la amaré siempre, porque la reputo digna de mi amor; y si yo con ella me conduje menos que honestamente según la opinión de los vulgares, aquel pecado cometí que siempre lleva aparejada la juventud, y que si se quisiera hacer desaparecer habría que hacer desaparecer a la juventud, y éste, si los viejos se quisieran acordar de haber sido jóvenes y los defectos de los demás midiesen con los suyos, no sería tenido por grave como lo es por ti y por otros muchos; y como amigo, no como enemigo, lo cometí. Lo que me ofreces hacer, siempre lo deseé, y si hubiera creído que me habría podido ser concedido, largo tiempo hace que lo habría pedido; y tanto más caro me será ahora cuando la esperanza de ello es menor. Si no tienes en el ánimo lo que tus palabras demuestran, no me alimentes con vanas esperanzas; hazme volver a la prisión, y hazme allí afligir cuanto te plazca, que mientras ame a Spina te amaré a ti por amor suyo, hagas lo que hagas, y te tendré reverencia.

Currado, habiéndole oído, se maravilló y le tuvo por de gran ánimo y reputó a su amor como ardiente, y más lo quiso: por ello, poniéndose en pie, lo abrazó y lo besó, y sin poner más dilación a la cosa, mandó que aquí fuese Spina traída secretamente. Ella en la

prisión se había puesto delgada y pálida y débil, y otra mujer distinta de la que solía y parecía ser, y del mismo modo Giannotto otro hombre; los cuales, en presencia de Currado, con consentimiento mutuo contrajeron los esponsales según nuestra costumbre. Y luego que pasaron algunos días sin que nadie se enterase de lo que pasado había y les hubo proporcionado todo aquello que necesitaban y les placía, pareciéndole tiempo de hacer alegrarse a las dos madres, llamando a su mujer y a la Cabrilla así les dijo: –¿Qué diríais, señora, si yo os devolviera a vuestro hijo mayor casado con una de mis hijas?
A lo que la Cabrilla respondió: –No podría deciros sino que, si pudiese estaros más obligada de lo que os estoy, tanto más os estaría cuanto vos una cosa que me es querida más que yo misma me devolveríais; y devolviéndomela en la guisa que decís, algo haríais de volver a mí mi perdida esperanza.
Y llorando, se calló. Entonces dijo Currado a su mujer: –¿Y a ti qué te parecería, mujer, si te diese un tal yerno?
A lo que la señora respondió: –No uno de ellos, que son nobles, sino cualquier miserable si a vos os pluguiese, me placería.
Entonces dijo Currado: –Espero dentro de pocos días haceros alegrar por ello.
Y viendo ya a los dos jóvenes vueltos a su anterior aspecto, vistiéndolos honradamente, preguntó a Giuffredi: –¿Qué te gustaría más, además de la alegría que tienes, si vieses aquí a tu madre?
A lo que Giuffredi respondió: –No me es posible creer que los dolores de sus desventurados accidentes la hayan dejado viva: pero si así fuese, sumamente me gustaría, como a quien aún, con su consejo, creería que podría recobrar en Sicilia gran parte de mis bienes.
Entonces Currado hizo venir allí a la una y la otra señora. Las dos hicieron maravillosas fiestas a la recién casada, maravillándose no poco de la inspiración a que podía deberse que Currado hubiese llegado a ser tan benigno que hubiese hecho su pariente a Giannotto; al cual, madama Beritola, por las palabras oídas a Currado, empezó a mirar, y, por oculta virtud, se despertó en ella algún recuerdo de las pueriles facciones del rostro de su hijo, sin esperar otra demostración, con los brazos abiertos se le echó al cuello, ni el desbordante amor y la alegría materna le permitieron poder decir palabra alguna, sino que la privaron de toda virtud sensitiva hasta tal punto que como muerta cayó en los brazos del hijo. El cual, aunque mucho se maravillase de haberla visto muchas veces antes en aquel mismo castillo sin nunca reconocerla, no dejó de conocer incontinenti el aroma materno y reprochándose su pretérito descuido, recibiéndola en sus brazos llorando, tiernamente la besó. Pero luego de que madama Beritola, piadosamente ayudada por la mujer de Currado y por Spina y con agua fría y con otras artes suyas le devolvieron las desmayadas fuerzas empezó de nuevo a abrazar al hijo con muchas lágrimas y muchas dulces palabras; y llena de piedad materna mil veces más le besó, y él y a ella reverentemente mucho la miró y la abrazó.
Pero después de que los honestos y alegres agasajos se repitieron tres o cuatro veces, no sin contento y placer de los circunstantes, y el uno hubo al otro narrado sus desventuras, habiendo ya Currado a sus amigos comunicado, con gran placer de todos, el nuevo parentesco por él contraído, y ordenando una hermosa y magnífica fiesta le dijo Giuffredi: –Currado, me habéis contentado con muchas cosas y largamente habéis honrado a mi madre: ahora, para que nada, en lo que podáis, quede por hacer, os ruego que a mi madre, a mis invitados y a mí alegréis con la presencia de mi hermano, que como siervo tiene en su casa micer Guasparrino de Oria, quien, como ya os he dicho, de él y de mí se apoderó pirateando y luego, que mandéis a Sicilia para que se informe plenamente de las condiciones y del estado del país, y averigüe lo que ha sido de Arrighetto, mi padre, si está vivo o muerto, y si está vivo, en qué estado; y plenamente informado de todo, vuelva a nosotros.
Plugo a Currado la petición de Giuffredi, y sin tardanza alguna a discretísimas personas mandó a Génova y a Sicilia.